

LA COPA DE MARFIL.

ESPECTACULO TRAGICO, EN TRES PARTES.

PERSONAS.

ROSMUNDA.
ALBOINO.
BRENILDA.

RODIMIRO.
BUCILIO.
SOLDADOS, ESCLAVOS.

La escena en Verona.—Año 573 de N. S. J. C.

PARTE PRIMERA.

Antecámara real en el palacio de Alboino, con puertas en el fondo y á los lados. En medio un pequeño aparador con copas que sirve en el primer acto.

ESCENA PRIMERA.

BRENILDA.

[Aparece mirando con circunspeccion por la puerta de la derecha, que se supone dar al aposento en que el rey Alboino celebra un festin, cuyo rumor se oirá durante las dos primeras escenas, pero sin interrumpir la representacion.]

Aun dura su festin. Cuán fácilmente
Olvidan sus peligros y desastres
Esos guerreros que lo mismo se hartan
De jenerosos vinos, que de sangre!
Cuán fácilmente su garganta trueca
Sus ahullidos de guerra formidables
Y sus lamentos bárbaros de muerte,
En alegres y báquicos cantares!
Hé allí al rey Alboino . . . ¡oh! bien querrian
Otro nombre mejor mis labios darle,
Mas sonar debe solo en sus oídos
Tan delicioso título . . . en las reales
Cámaras nada mas, en las tranquilas
Nocturnas horas, cuando todo yace
Sepultado en el sueño y el silencio,
Y oírnos nombre tal no puede nadie.

Ciegos en derredor todos los ojos
Tienen que estar para esto; los pilares
De esta estancia no mas tal nombre escuchan
Cuando en murmullo de mis labios parte,
Y de su lábio real otro tan dulce
Como el que yo le doy en pago sale . . .
Mas seguros que el eco de ambos nombres
De la cámara real se ahoga en el aire . . .
Y mientras ¡ay de mí! solo me es dado
Vagar en torno de él; pasar, mirarle,
Oír su acento, contemplar su rostro,
Servir su copa y á sus piés sentarme,
Cual blanca sombra del amor perdido,
Casto recuerdo de adorada imájen,
Sin que ese nombre dulce en mis oídos
Suene jamás en público . . . ¿quién sabe?
Tal vez un día por la vez primera
Sonará, y para siempre mi linaje,
Mis derechos, mi amor, mis sufrimientos
Al universo todo haré palpables.
Tal vez . . . mas él tambien á la derecha
Del rey está. Cuán bello! en sus brillantes
Pupilas, en su rostro todo entero
Se revela el placer que halla en mirarme.
[Aparece Rosmunda por la puerta de la izquierda,
y al percibir á Brenilda se detiene á escucharla,
acercándose poco á poco hasta colocarse detras de
ella.]
Y sus ojos no mas me ven ahora;
Nadie mas que él me ha apercibido . . . ¡oh! vale
Para mí esta mirada hurtada á todos
La mitad de mi vida . . . idolatrarle

Puede no mas mi corazon. Le adoro;
Si, le amo, y me estasio contemplándole.
[Mira con precaucion levantando el tapiz.]

ESCENA II.

BRENILDA, ROSMUNDA.

Ros. [aparte.] Qué dice? le ama? á quién? dónde
sus ojos
Se fijan? Quién es él...? Si mas sagaces
Que los suyos, los míos el objeto
De su amoroso arrobamiento hallasen!
[Mira por detras de Brenilda.]
Cielos! es él! es Rodimiro... el vaso
Alza al rostro... sí, sí, para ocultarme
Su clara turbacion, porque tras ella
Aparecer ha visto mi semblante!
Bre. Mas ha palidecido de repente:
No me quiere mirar!
Ros. Niña, qué haces?
Bre. Ay!
Ros. Silencio! que otro ¡ay! involuntario
No llame su atencion...
Bre. Señora.
Ros. Apártate
Del círculo á que alcanzan sus miradas,
Y respóndeme: qué es lo que te hace
Tan arrobada estar ante esa puerta?
Que hay en la mesa del festin que llame
Tan fuertemente tu atencion? no has visto
Nunca en palacio fiesta semejante?
Nunca vistas al rey sus nuevos triunfos
Celebrar en la mesa con sus grandes
Y sus guerreros? dí? ó es que hay entre ellos
Quien tu liviano corazon ablande
Con el osado fuego de sus ojos?
Bre. Qué, á ser eso verdad, tan mal lo halláreis
Que así lo preguntais, airado el jesto,
Trémula...?
Ros. A ser verdad, vas á negarme
Lo que escuché yo misma de tu boca,
"Le amo, le adoro?"
Bre. ¡Dios! eso escuchásteis?
Ros. Sí, y las miradas de sus ojos fijas
Sobre los tuyos sorprendí. Turbarse
No le vistes? ¡llevar el vaso al rostro
Tras de su áureo metal para ocultártele?
Pues fué porque detras de tu cabeza,
Vió la mia en la sombra dibujarse.
Bre. Sí, todo ahora lo entiendo.
Ros. Ahora lo entiendes?
Y el vil secreto que pasar dejaste
De tu pecho á mi pecho, has comprendido
Hasta dónde ¡infeliz! puede llevarte?
Si el rey lo comprendiera!
Bre. Siempre... siempre
En mi mayor tormento se complace
Vuestro vil corazon... siempre, do quiera
Persiguiéndome vais, vais espiándome,
Contándome los pasos que camino,
Interpretando de mi voz las frases,

Esprimiendo los mismos pensamientos
Que aun á palabras no reduje: echándome
Al rostro sin piedad mi desventura,
De mi misma virtud haciendo ultraje,
De mi pobre esperanza una por una
Sin compasion las flores deshojándome.
Hasta cuándo, señora, este suplicio
Ha de durar? Sin nombre me dejásteis,
Sin mil derechos que al nacer obtuve,
Cuando á la luz me dió mi rejia madre.
Cuanto era mio, vuestro fué: nacida
Bajo de real dosel, de reyes traje
Noble y justa altivez, sin recordaros
Los vasallos, los bosques, las ciudades
Que pasaron á vos... y con todo ello
Ofrenda os hice y os rendí homenaje.
El os amó y me dijo: "Me interesa
Que el trono rindas, que tu nombre calles,
Que no entienda tu ser hombre nacido,
Y olvidada de tí por otra pases."
Y olvidada de mí pasé por otra;
Mi nombre ni mi ser no entendió nadie,
Y naciendo señora, me hice esclava
De quien necio adoré mi ciego...
Ros. ¡Infame!
Que no salga jamás de tu garganta
Ese nombre fatal, y á reclamarle
Si te atreves un día, ve, contempla
El abismo que cava inmensurable
Entre tí y Rodimiro: porque es ese
El soplo que mantiene el fuego que arde
En tu pecho, Brenilda, ese es el ídolo
A que elevó tu corazon altares.
Bre. Por compasion, callad!
Ros. ¡Oh! te amedrenta
Que lo conozca...! pero qué, mas grave
Será por ello tu torpeza? al cabo
Es bizarro, galan, cortés, afable,
El escudo y sostén de Lombardía,
El trono con el rey divide casi.
¡Oh! has elejido bien! no habrá en Italia
Quien descontento tu eleccion te tache.
Luego es jóven, y hermoso; en rubios rizos
Larga madeja de cabellos cae
Sobre sus anchos hombros; sus pupilas
Radian cual radia en la serena tarde
Entre purpúreo pabellon de nubes
El sol, tras la montaña al ocultarse:
Su sonrisa es mas grata que el aroma
De la flor que en Abril temprana nace,
Y es mas grata su voz que el son tranquilo.
Con que murmura el aura entre los árboles.
¡Oh! has elejido bien! cuántas matronas
Mas espertas que tú, sus gracias traen
Esculpidas en su alma: cuántas dieran
Muchas horas de amor, muchos galanes
Tiernos, enamorados, jenerosos
De su amorosa fé por un instante:
Y tú casi en la infancia, al lince apenas
Del campo de la vida, la red frágil
Le tiendes de tu amor... tal vez á solas
Con falsas esperanzas le persuades,
Le ofreces... .

Bre. Basta ya: tened la lengua,
Que me avergüenza oír palabras tales
En vuestra boca real, y una sospecha
Siento al oiros en mi pecho alzarse,
Que os hace tan odiosa ante mis ojos
Cuanto si al rey...
Ros. Silencio, miserable!
Qué es lo que osas pensar?
Bre. Lo que no osara
Si vuestra misma voz no me obligase
A concebir desde hoy.
Ros. Tus zelos solo
Inspirártelo pueden.
Bre. Tal vez márgen
Para ellos me han dado otros.
Ros. Insensata!
Calla, y tu crimen á ninguno achaques.
Tú te atreves á amar? Sabes quién eres?
Ignoras que á morir puede llevarle
Vuestro amoroso y criminal secreto?
Bre. Nuestro? mio no mas: él no lo sabe.
Ros. No lo sabe?
Bre. Jamás osó mi labio
Ni aun dirijirse á él.
Ros. ¡Ah! no me engañes,
Brenilda, de ese amor?...
Bre. Vive el misterio
Solo dentro de mí.
Ros. Cómo probarme
Lo que dices podrás, si yo te he visto
Una vez y otra vez fija mirarle,
Y á él por encima del dorado vaso
Sus ojos elevar para mirarte?
Bre. Errado habrán mis ojos, mas mi lengua,
Mi corazon son puros; ni faltarme
Jamás á mi decoro tanto pude,
Por mas que mi cariño me estraviase;
Que yo jamás olvidaré, señora,
Lo que me debo á mí, y aunque se rasgue
Mi corazon de mi dolor al ímpetu,
Devoraré en silencio mis afanes,
Y sabré descender á mi sepulcro.
Victima del dolor, mas no culpable.
Ros. Tan severa virtud en tu alma jóven
Con tan firme pasion á un tiempo cabe?
Bre. Cabe, sí; y pues que vos la comprendisteis,
Si él la entiende á su vez (que acaso es fácil),
Al mismo rey declararé sin miedo
Mi pasion...
Ros. Ay de tí si tal osares,
Brenilda, ese secreto es tu sentencia,
Y solo vivirás mientras le guardes.
Bre. Quién es esta mujer, sagrados cielos,
Que por do quiera á detenerme sale,
Que á todas partes con furor me sigue,
Doblando mi dolor en todas partes?
Conque no hay para mí paz ni reposo?
No hay piedad para mí? fuerza es que cavé
Mi tumba gota á gota con mis lágrimas,
Y paso á paso hasta mi tumba baje,
Empujándome vos paso tras paso,
Cuanto ame y cuanto espere arrebatándome?
Ros. Te ciega tu pasion: yo solo quiero

Por el camino de tu bien guiarte,
Purgándote de necias ilusiones,
Harto indignas de tí... pero ya salen
Del banquete... esas lágrimas enjuga,
Y á servir á tu rey pronto prepárate
La última copa del festin: es honra
Que te dispensa siempre, ya lo sabes.
Bre. Qué me valdrá ¡ay de mí! secar los ojos,
Mientras el corazon lágrimas mane?
Ros. Hola, esclavos! las lámparas difundan
La necesaria luz.
Bre. [aparte.] Oh cielo, ampárame!
Ros. Le ama... y cuánto! oh furor! y torpe acaso
En mi alma la dejé que penetrase
Dándola un arma contra mí...! no importa,
Yo sabré para siempre separarles,
Yo haré que entre los dos un muro inmenso,
Inaccesible á entrambos se levante.

ESCENA III.

ALBOINO, RODIMIRO, ROSMUNDA, BRENILDA,
BUCILIO.

Alb. Bien lo hemos hecho, por quien soy! y espero
Que no se quejarán de nuestro trato,
Esos romanos viles que nos tienen
Por salvajes estúpidos y bárbaros.
Buc. Lobos son nada mas que ahullan cobardes
Al verse en nuestras redes entrampados.
Alb. Lobos! Tienes razon!
Buc. Qué ojos pusieron
Sobre las mesas al mirar rodando
Los vasos de oro de sus templos!
Alb. Era
Convidar á el banquete necesario
A esos altivos ricos, cuyo miedo
Puede á Italia tranquila conservarnos.
Y aunque acaso completo no hallarian
El servicio á que están acostumbrados,
Tuvieron que comer, tuvieron vino,
Y se fueron con vida.
Buc. Ya las manos
Me hormigueaban á mí viendo sus jestos
Y melindres.
Alb. Pardiez! ya se marcharon,
Y cumplimos con ellos bravamente.
Buc. Eso sí, cual quien somos nos portamos.
Alb. Harto hacemos dejándoles la vida,
Puesto que ya vencidos son esclavos.
En fin, ahora nosotros lejos de ellos,
Sin ceremonias necias concluyamos
Nuestro festin como acabarlo deben
Húngaros valerosos y lombardos.
(A Rosmunda y Brenilda.)
Hola! aquí estais vosotras?
Ros. Tus costumbres
Sabiedo, todo aquí te lo aprestamos.
Alb. Muy bien: esos imbéciles me han hecho
Tragar sin reflexion vaso tras vaso
Con sus rondas y brindis... y esos vinos
De Italia al paladar me son tan gratos,
Que á no ser yo quien soy, fuera de tino

Me pusiera tal vez.—Ea! sentaos,
Capitanes, aquí; todos en torno
Mío, y como partimos en el campo
Las lanzadas y golpes, la alegría
Con mano franca por igual partamos.
Rosmunda, tú también; y tú, Brenilda,
Sírvenme á mí; á vosotros mis esclavos,
Que estas manos son haces de azucenas
Y á un rey sirven no mas. Ea! bebamos!

Buc. Mas por los cielos, Rodimiro, creo
Que tu copa no apuras.

Alb. (con desden) Estasiado
En amoroso arrobamiento ha dias
Anda.

Rod. Alboino....

Alb. De tu mismo labio
Lo sé, tú me lo has dicho. Pero ahora
Que lo miro mejor, oh! desdichados
(*Mirando á Brenilda y Rodimiro.*)

De vosotros si es cierto! esa memoria
Me recuerda... Brenilda, tú has llorado.
Rodimiro, ay de tí que me has mentido!

Rod. Yo mentir, Alboino!

Alb. Silencio. Cuando
Su mano á demandar te has atrevido,
Que ella estaba ignorante me has jurado
De tu insensato amor.

Rod. Sí, y estoy pronto
A volverlo á jurar; nunca llegaron
A sus oídos mis palabras.

Alb. Cómo
La he visto, pues, el rostro adelantando
Detrás de ese tapiz mientras comíamos,
Y cómo la volvías al soslayo
Sus furtivas miradas?

Bre y Rod. Cielos!

Alb. Todo
Lo penetran mis ojos, insensatos.
Oye, pues, Rodimiro; yo me avengo
A perdonarte amor tan temerario,
Mientras es sentimiento que escondido
Hierva en tu corazón; pero si osado
Redujiste á palabra el pensamiento
Para ponerle en sus oídos castos,
Te juro por el cielo que nos cubre,
Que mueres esta noche.

Bre. Cielos santos,
Hay mas duelos aún! Señor, yo os juro
Por cuanto respeteis por mas sagrado,
Que no me habló jamás.

Rod. Rey Alboino,
Tú me conoces bien; yo he peleado
Largo tiempo por tí; sabes mi esfuerzo,
Sabes que mis consejos y mi brazo
Te han servido con honra, y ha bien poco
La Italia á conquistar te han ayudado:
Pues bien, yo me he creído con derecho
Para aspirar á galardón tamaño.
La he visto, la he amado: he acudido
A aquel que la guardaba, imaginando
Que quien era el segundo de su reino,
Merecerla podría.

Alb. Te ha engañado

Tu orgullo, Rodimiro, y veo ahora
Que tu lombardo brio amancillando,
Has aprendido á hacer largos discursos
En la lengua servil de los romanos.
En Hungría pidieron siempre tierras,
Castillos ó riquezas los soldados
En premio del valor, mas no mujeres.
Y si pensaste alucinarme acaso
Con largas peroratas en la lengua
De la vencida Italia, esfuerzos vanos
Para lucir tu ciencia de hoy escúsame;
Porque á mí esos discursos estudiados
Y esas floridas frases, ni me mueven
Jamás, ni me convencen, al contrario,
Me provocan á risa, porque creo
Que donde hay mucha lengua hay pocas manos,
Y porque tengo oídos para húngaros,
Mas para perros de la Italia látigos.

Rod. Castiga, pues, con ellos á tus perros,
Mas no amagues con ellos á lombardos
Como yo.

Alb. Como tú? me inspiras lástima
Y desprecio no mas: méritos altos
Recuerdas de valor? ya lo has perdido.
Si en otros tiempos junto á mí has lidiado,
Hoy bajo el cielo de la torpe Italia
Envilecido te has; lo están mostrando
Los perfumados rizos de tu creucha,
Tu esmerado vestir, tu afeminado
Porte, en fin, tu afición á los placeres
Y el amor de quien cedes al halago.
Mas la mujer sobre la cual tus ojos
Te atreviste á poner, á mas bizarro
Y fuerte corazón está ofrecida:
Porque tal cual la ves, es noble tallo
De una rama arraigada en rejio tronco,
Y con sangre real fecundizado.

Rod. Yo nunca pregunté para adorarla
Qué sangre la dió el ser, ni cuáles trajo
Títulos á tu casa: la ví en ella,
Y me bastó encontrarla en tu palacio
Para tenerla en mucho: ni es justicia
Que por vivir su origen ignorado,
En tu casa me insultes.

Alb. Rodimiro,
Basta de arengas ya: tú has provocado
Mi lengua, y la solté: si te ha ofendido,
Súfrelo, tu rey soy; tú mi vasallo:
Y en cuanto á ella, que comprendas basta
Que para tuya no nació. Bebamos.

Rod. Entonces, dame de tornar á Hungría
Licencia.

Alb. No haces falta en mis estados:
Cuando te plazca vuélvete.

Ros. Alboino,
Considera, señor, que largos años
Te sirvió con honor; que fué tu amigo,
Y si osó contrariarte, sabrá manso
Olvidar ese amor.

Rod. Nunca!

Alb. Rosmunda,
Tú también (lo sospecho) te has pagado
De su hermosura juvenil? que parta

Por no volverle á ver sientes acaso?

Ros. Alboino!

Alb. Rosmunda, te conozco;
Mas con ventajas tus traiciones pago,
Y por muchas que me hagas, ya te llevo
Una bien estremada de adelante.
Mas, qué digo? perdona las bravatas
De unos zelos imbéciles. Bebamos!
Toma, Bucilio: Rodimiro, toma;
Y necias disensiones apartando,
Tú aquí en mi copa de marfil, Rosmunda,
Conmigo beberás. Ya sabes que hago
De esta copa alta estima, y que con ella
Concluyo siempre mi festin diario,
Y en la corte, en la caza, en la campaña
Siempre me sirvo de ella.

Ros. Lo he notado.

Alb. Hondo misterio en su labrada taza

Consigna mi poder, y ha tiempo largo

Que mis labios no mas llegan á ella:

De mi injusto rigor en desagravio,

Hoy te la ofrezco; bebe, pues, Rosmunda,
Que con tu padre bebes.

Ros. Eh? no alcanzo

Lo que me dices. Con mi padre bebo?

Alb. Con su memoria, sí. De un sorbo acábalo.

Ros. Sea.

Alb. Así trato á los que en mucho estimo.

Ros. Gracias.

Alb. Ja, ja, ja, ja! Señores, vámonos.

(*Alboino vase, llevando por delante á Brenilda, y siguiéndole Bucilio: Rosmunda y Rodimiro quedan cada uno á un lado de la escena.*)

ESCENA IV.

ROSMUNDA, RODIMIRO.

Ros. Esa risa feroz... me ha estremecido...

Sí, alguno encierra pavoroso arcano,
Que no comprendo bien! siempre la suelta
Al complacerse en algun mal.

Rod. Salgamos

De este palacio, en que el vapor se aspira
Del crimen.

Ros. Mas quién osa...?

Rod. Ya me aparto;
Perdonad.

Ros. Rodimiro!... aquí que esperas?

Rod. No espero; parto; adios!

Ros. Tente. Los pasos
Del rey no sigues?

Rod. No. Para mis plantas
Se abre el camino por opuesto lado.
No haces falta, me ha dicho: conquie nada
Me resta ya que hacer en su palacio.

Ros. Palabras que á un amigo se le dicen
Tal vez en un colérico arrebató,
Mas que se olvidan luego.

Rod. En mi memoria
Quedarán indelebles, y en el campo
Volvérselas espero en algun día
Con la misma arrogancia.

Ros. Conque tanto

Amas á esa mujer, que por negártela
Le aborreces así?

Rod. Sí, la idolatro.

Por la esperanza de lógrarla un día,
Me uní á Alboino, combatí á su lado,
Le ayudé en sus tiránicas conquistas,
Testigo de sus crímenes infandos;
Mas hoy que me la niega, hoy que se apaga
Mi esperanza, el ambiente emponzoñado
No quiero respirar con que él respira,
Y en verme su enemigo me complazco.
Voy de la suya á dividir mi gente
Y á partir de Verona, pero aguardo
Volver dentro de poco á su presencia,
A pedir con las armas en la mano
Lo que tal vez á mis servicios debe.
Y ay de él entonces!

Ros. Cálmate, ¡oh gallardo
Capitan!

Rod. Ah! calmarme cuando pierdo

En solo un punto cuanto espero y amo?

Ros. Pues esperas en balde; esa doncella,
Nacida en régia cuna, y al cuidado
De Alboino encargada por su padre,
Solo se debe unir en puro lazo
Con quien cuna corona y cetro empuñe.
Cual conviene á su origen soberano.

Rod. Pues bien, hablad; cuál es? quién es su padre?

Dónde tiene su imperio? en qué apartado
Rincon del mundo reina? Iré á buscarle,
Y ambas rodillas á sus piés doblando,
Le pediré á Brenilda.

Ros. Y rey no siendo,
Con qué derecho pedirás?

Rod. Soldados

Tengo y tierras, soy noble y atrevido,
Y avezado á la guerra: el mundo es ancho,
Y nunca un sitio en donde alzar un trono
Me ha de faltar si con el trono pago.

Ros. Oh, y lo mereces!

Rod. Ah! vos de mi parte...

Ros. No, por mi vida no: te has engañado.
Yo de tu parte en tu amor ciego? nunca!
Primero el corazón me harán pedazos.

Rod. No acierto á comprender...

Ros. Pues... no lo oiste?
"Y tú también, Rosmunda, te has pagado
De su hermosura juvenil? que parta
Por no volverle á ver sientes acaso?"
El mismo te lo dijo, él, Alboino...
Pues bien, dijeron la verdad sus labios.
No partirás; delante de mis ojos
Quiero tenerte siempre, porque te...

Rod. Harto

Habeis dicho, señora; y si la mente
Con pensamiento tal habeis manchado,
Y el torpe corazón con tal deseo,
La lengua no mancheis ciega explicándolo.

Ea! partir dejadme; me avergüenza...

Ros. Qué, infeliz!

Rod. El haberos escuchado.

Ros. Y el haberme entendido?

Rod. Sí, Rosmunda.
 Ros. Pues es secreto que vender no trato
 Sino á precio subido; y pues lo sabes,
 Piensa que fuerza te será pagármelo,
 Porque al pasar de pensamiento á dicho,
 Fuerza es cumplirle ó sepultura darlo.
 Rod. Las amenazas y el amor desprecio
 De quien no sea Brenilda.
 Ros. Mentecato!
 Brenilda, como tú, víctima mia,
 En mi poder está... mas concluyamos.
 Yo el desamor á perdonar me avengo,
 Pero el desprecio no; y pues ocultarlo
 No supe de Alboin, desde hoy á todo
 Por tí me atrevo, y por tu amor lo abarco,
 Y en punto tal el mundo pondrá inútiles
 A mi venganza ó á mi amor obstáculos.
 Mugereres como yo no se desprecian
 En vano, Rodimiro; y si yo cambio
 Los nombres de los dos cuando esta escena
 Revele, y este amor en que me abraso
 Te lo atribuyo á tí, burla, desprecio
 De Brenilda serás, del vulgo escarnio,
 Objeto de la saña de Alboino,
 Y su víctima luego en el cadalso.
 Todo de un solo golpe te lo quito,
 Toda de un soplo tu esperanza apago.
 Rod. Basta, infernal muger! digna te miro
 De tu real esposo; á un amor casto,
 Cómo puede ayudar quien parte el lecho
 Con un mónstruo como él?
 Ros. Mas de sus manos
 Puedo arrancarte yo, ó ponerte en ellas
 Para morir, y piénsalo despacio,
 Que yo te necesito amante ó muerto,
 Y si no cedes al amor te mato.
 Rod. Moriremos los dos.
 Ros. Tú me amenazas?
 Rod. Sí; fias en tí misma demasiado,
 Y esperas de Alboino lo que juzgo
 Que ya no lograrás.
 Ros. Piensas acaso
 Que quien me debe la corona...?
 Rod. Pienso
 Que hay dos hombres en él, distintos ambos,
 El marido y el rey; y este, del trono
 Que le usurpó á tu padre asegurado,
 Cuando pueda saldrá de tí el marido
 Que bebe en esa copa.
 Ros. Habla mas claro.
 Qué me quieres decir? tú en esa copa
 Conoces el misterio consiguado?
 Rod. Sí; y no esperé arrojarle de mi pecho
 En tu cámara misma revelándolo;
 Pero ya que me dices: "ama ó muere,"
 Oye, Rosmunda, y tiembla contemplando
 Qué es lo que puedes esperar del hombre
 Con quien casada estás... mas ve si acaso
 Pueden de sus oídos al alcance
 Mis palabras salir.
 Ros. [cerrando las puertas.] Dí confiado,
 Pero sé breve.
 Rod. Escucha, pues: tú sabes

Que el casarse Alboin contigo, solo
 Fué por asegurar con tal enlace
 La usurpacion tirana de este reino
 Que á tu padre quitó.
 Ros. Sí; mas no sabes
 Que yo para mi amor ganarle supe,
 Y que me amó despues?
 Rod. Sí; mas es fácil
 Que ignores tú que amaba á Clotosinda
 Tambien, y al meditar que desposándote
 Su trono aseguraba, en unas yerbas
 La dió la muerte.
 Ros. Sí; pero no sabes
 Que hasta el amor que profesó á los hijos
 De Clotosinda, al mio en homenaje
 Rindió, y al buen Comundo á ruegos míos
 Perdonó, y aun logró que le amparase
 En vez de perseguirle, y á la sombra
 De su amparo vivió.
 Rod. Sí; mas no sabes
 La muerte de tu padre el rey Comundo.
 Ros. Sí, la supe despues; el miserable,
 No pudiendo sufrir verse vencido,
 Espiró en Lombardía... mas cuál trae
 Todo eso relacion con el misterio?
 Rod. Ah, me das compasion! inmenso te abre
 Un abismo á los piés ese Alboino
 De quien esperas que te atienda en balde,
 Y en vano juzgas conocer, en vano
 Fias en tu poder un solo instante.
 Ros. La corona me debe, y todavía
 Como en esos balcones me asomase
 Gritando: ¡guerra! como tigres vieras
 Levantarse en mi nombre mil parciales.
 Rod. Llámalos, pues, y si saldrán veremos
 De las sangrientas urnas en que yacen.
 Ros. Te lo juro en verdad; pobre mancebo!
 Me haces reir queriendo amedrentarme.
 Siempre ha de ver en mí la que amó un dia.
 Rod. La que víctima fué de sus maldades.
 Ros. Víctima...? tú deliras.
 Rod. Tú, Rosmunda,
 Sí que deliras, tú: siempre callarte
 Quise por compasion este misterio,
 Mas pues tú misma le provocas, sábele:
 No tienes un amigo, sus cabezas
 Rodaron una á una; y execrable
 Venganza de tu padre al fin tomando,
 El mismo le mató.
 Ros. Mientes.
 Rod. Su sangre
 Dió á sus caballos á beber, y mira:
 Ves esa copa que precioso engarce
 De oro circunda?
 Ros. Sí.
 Rod. De ella se sirve
 Desde tu misma boda; á todas partes
 La lleva.
 Ros. Sí; concluye.
 Rod. Y no has oido,
 Rosmunda, las palabras infernales
 Con que te la brindó? "Bebe, Rosmunda,
 Que con tu padre bebas?" Pues bien, sabe

Lo que aquellas palabras significan,
 Y tu esperanza de una vez acabe:
 Esa ancha copa que marfil parece,
 No es mas que el hueco cráneo de un cadáver.
 Ros. Qué horror!
 Rod. No has comprendido todavía
 Cuyo es, Rosmunda?
 Ros. No.
 Rod. Fué de tu padre...
 Ros. ¡Ah! [Un momento de pausa.]
 Rod. Piensa qué esperar debes ahora.
 Ros. Una cosa no mas.
 Rod. Cuál es?
 Ros. Vengarme.
 Rod. Es tarde ya.
 Ros. No, no; déjame sola,
 Déjame pensar; y si salvarte
 Quieres, y quieres á Brenilda, aparta
 A ese aposento hasta que yo te llame.
 Rod. Vana ilusion; es tarde.
 Ros. Rodimiro,
 Mientras vive Rosmunda, nunca es tarde.

PARTE SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

ROSMUNDA.

A mirarla ¡ay de mí! me atrevo apenas!
 Conque es verdad? burlada, escarnecida
 De tan horrible modo...? y yo, insensata,
 Que en esa copa sin pavor bebía
 Mientras sus lábios sonriendo...! bárbaro!
 Venganza solo de salvajes digna
 Ha sido tu venganza! Ni aun sepulcro
 Le diste...! ay, que esta idea me horroriza!
 Misero padre mio! y yo pensaba
 Ir á verter sobre su tumba un día
 La última gota de sincero llanto
 Que mis enjutos párpados abrigan!
 Yo, que anhelaba del sepulcro al menos
 En el borde fatal, ya que no en vida,
 El postrimero ¡adios! dar á sus restos,
 Porque durmiera el ánima tranquila!
 Y no hay tierra, qué horror! que los cobije,
 No hay urna que los guarde, mientras su hija
 Parte el lecho nupcial con el verdugo,
 Y con su seca calavera brinda!
 Sombra insepulta de Comundo... acaso
 Vagas en torno de la mesa misma
 En que tu cráneo sirve demandando
 Represalia de mofa tan sacrílega!
 Venganza, sí, venganza! ¡oh padre mio!
 Yo te la debo, y la tendrás cumplida
 En él y en cuantos tengan de su raza
 Un átomo no mas: ¡oh! y la tendrías
 Aunque fuera preciso para dártela
 Tomar mis propios reinos en ceniza,

Y sorber gota á gota en ese cóncavo
 Toda la sangre de su vil familia.
 La ira que te animó contra mi padre
 Has hecho caer en mí...? tú legítimas
 Mi venganza, Alboino; ¡oh! por ventura
 Hijos tienes tambien de Clotosinda,
 De la que tanto amaste... me estremece
 La barbarie al sondar de nuestras iras;
 Pero al pensar en mi insepulto padre,
 Mi saña mas atroz será justicia.

ESCENA II.

ROSMUNDA, ALBOINO.

Alb. Aquí Rosmunda aún?
 Ros. El es: mi sangre
 Se agolpa hirviendo al corazon.
 Alb. Qué ideas
 Tan absorta la traen?
 Ros. Siento sus ojos
 Clavados en mi faz, y puedo apenas
 Impedir que al calor de sus miradas,
 El carmin de la rábia me enrojezca.
 Alboino.
 Alb. Rosmunda. Aquí tan sola
 Por las cámaras reales? en qué piensas?
 Ros. Pensamientos bien tristes me acompañan,
 Alboino, y me alegro de que vengas.
 Alb. Jamás supe con lábio compasivo
 Consuelo dar á mugeriles penas,
 Ya lo sabes, Rosmunda; y si es que ahora
 Sobre tu corazon alguna pesa,
 No la intentes partir con Alboino,
 Que solo sabe dominar.
 Ros. No temas,
 No, que al pesar que el corazon me agobia
 Consuelo demandar al tuyo quiera.
 Alb. Ni tampoco á mi voz.
 Ros. Tampoco: solo
 Quiero que tú mis pensamientos sepas,
 Por si quieres cumplirme en algun dia
 El deseo que en mí tales los crea.
 Alb. Dí pues.
 Ros. Pienso en mi padre, el rey Comundo.
 Alb. Séale leve la mortuoria piedra!
 Ros. Mas dónde está?
 Alb. Y por qué me lo preguntas?
 Ros. Porque algun dia visitar quisiera
 Su solitaria tumba, algunas flores
 Dejando y una lágrima sobre ella.
 Alb. Muchas veces, Rosmunda, me lo has dicho,
 Y has oido otras tantas mi respuesta;
 Nunca, yo vivo, la verás; las tumbas
 Inspiran melancólicas ideas,
 Y no quiero que nunca al lado mio
 Sus sombrías memorias te entristezcan.
 Ros. Conque al fin tu furor es implacable,
 Y ni aun al borde de las tumbas cesa?
 Alb. No; mas fué mi enemigo; la fortuna
 Me puso enfrente de él, y si á ver llegas
 Su sepultura, al recordar su muerte,
 La causa recordar te será fuerza.